

PANEL I

“Polifonías en la psicología, la literatura y la filosofía”

Coordina: Adrián Bertorello

Participan: Lucrecia Rovaletti (UBA, CONICET, Argentina), Carlos Gende (U.N. del Comahue, Argentina), Pedro Karczmarczyk (CONICET, Universidad Nacional de La Plata, Argentina)

La lectura como interpretación de sí. El caso de los procesos de configuración literarios Gende, Carlos Emilio (Universidad Nacional del Comahue)

I

En su tan breve como esclarecedora “Breve introducción a la teoría literaria”, Jonathan Culler se interroga por la índole de lo literario, con el reconocimiento de que es indispensable contar con un concepto descriptivo adecuado pero en la sospecha de que se trata de una empresa condenada al fracaso. Eso le lleva a destacar la importancia de la teoría, del abordaje teórico del asunto, como modalidad intelectual altamente especulativa que, diríamos, sistematiza, organiza, exhibe las relaciones, pero que a la vez detecta las falsas ilusiones que llevan a los fracasos definatorios y totalizantes. El hecho es que nunca hay suficiente teoría ni nunca agotamos la tarea interdisciplinaria que las reúne; “la teoría intimida”, sostiene Culler.

Y para el caso, es ineludible que a la hora de dar cuenta de lo literario hagamos teoría, o al menos la aprendamos y abrevemos de ellas. Sin embargo, en relación con nuestro asunto, la posibilidad misma de una delimitación teórica ya es deudora de una interpretación que oficia de marco organizador del campo. Es como si dijéramos: no hay lo literario en sí, pero tampoco cualquier empleo del lenguaje lo es, pues se constituye en función de una interpretación que lo demarca del resto de otras prácticas lingüísticas. El problema será, claro, si a la vez reconocemos diversas interpretaciones y si ello nos conduce a detectar interpretaciones rivales, interpretaciones en conflicto que habrá de aceptarse con resignada actitud pero sin poder avanzar mucho más allá de detectarlas. A esto se añade una circularidad tramposa, pues el único modo de resolución del conflicto vendría de la mano de un esclarecimiento teórico que lo superara, pero a la vez - sostuvimos- lo teórico resulta de una interpretación que lo instaura, y así sucesivamente.

En fin, no es mi propósito complicar estos asuntos o suponer que deban quedar en el terreno de las aporías, pero sí sugerir la relación interna de conceptos y prácticas.

Volvamos entonces. En primer lugar ¿por qué no habría lo literario en sí? Porque a menos que banalicemos la especificidad de esta experiencia con el lenguaje y con el mundo, como ocurre, por ejemplo, cuando llega a sostenerse de un modo tan abarcador como poco interesante que toda práctica lingüística es literaria por principio (al no poder evitarse la retoricidad, o por el empleo inadvertido de metáforas, entre otros), es imprescindible elaborar categorías de análisis que recojan esa especificidad. Precisamente, la necesidad de teoría viene de la mano de advertir que no todo lenguaje es literario y que sin embargo no bastan nuestros recursos de sentido común para reconocerlo.

Hay indicios, por cierto, pero no son excluyentes ni exclusivos. Señalemos algunos que sugiere el mismo Culler hacia el final de un apartado en el que declara la situación paradójica de la literatura como institución¹: la suspensión de una inteligibilidad inmediata, la reflexión sobre los medios de expresión, la atención a cómo se producen el significado y el placer. A continuación haré un breve comentario sobre estos rasgos, para lo cual debo abandonar la perspectiva del autor, pues encuentro entre ellos una relación interna que los reenvía de uno a otro, lo cual permitirá aproximarse mejor a nuestro objetivo.

Si algo nos ubica de otro modo ante un fragmento lingüístico es, en una primera lectura, su opacidad. Un texto determinado se nos resiste, pero notamos que es debido a algo anterior al asunto o contenido al que pretendemos acceder, se debe al modo en que está dispuesto. No se trata de la dificultad para entender *qué* se dice, o no sólo eso, sino algo anterior, *cómo* se dice de ese modo. Se presupone un significado, pero no se accede de modo directo a él: ¿porque dice algo más que lo manifiesto en una primera lectura? ¿Y ese plus, es otra cosa? ¿Y esa otra cosa, es distinta o incluso opuesta a la manifiesta? Aparece así una serie de asignaciones de significado *in crescendo*, que provocan inferencias sucesivas hasta el punto de abarcar incluso las opuestas a la primera impresión de superficie; y todo ello a partir de una resistencia dada por el *modo en que se dice*. Sin embargo, más allá de estas sospechas sobre segundos significados, la cuestión es que el fragmento dice. De esa doble situación entonces: la asignación presunta de contenido y la dificultad para dar cuenta de él de modo transparente, podría surgir una primera experiencia de lo literario. ¿Por qué? porque con ello descubrimos la necesidad de explorar los medios y recursos que permitieron que se haya dicho de ese modo, tan específico y extraño a la vez (segundo rasgo). Detecto la no transparencia pero a la vez rechazo la asignación de error y con ello supero el malentendido, acto interpretativo por excelencia, dicho sea de paso. Pero entonces, va de suyo la necesidad de explorar el recurso, de revisarlo como recurso expresivo tal o cual.

Ahora bien (tercer rasgo), el trabajo exploratorio sobre el recurso o disposición no sólo es a expensas de volverlo inteligible como tal, con la finalidad de dominarlo, de volverlo procedimiento manipulable, sino también porque ha resultado disfrutable y queremos entender cómo ocurrió ello. Umberto Eco señala como justificación a sus textos teóricos lo siguiente: “había que optar entre hablar del placer que proporciona el texto o de las razones en virtud de las cuales el texto puede proporcionar placer. Hemos optado por esta última alternativa” (Eco, 1993, 22). Bien, pero también se trata, en el caso de lo literario, de hablar del placer, de teorizar sobre ello y, en el mejor de los casos, lograr una valoración² adecuada.

Estamos ante una experiencia lingüística, entonces, en la que no sólo se habla de algo, sino que importa saber de qué modo, venciendo las resistencias del recurso y, a la vez, por la vía de examinar las condiciones del placer que nos produce ese modo y no otro de presentarse el asunto.

Con esto tenemos al menos tres cuestiones de las que hacemos cargo con nuestras teorías: cómo explorar la dificultad constitutiva que se resiste a una lectura lineal, cómo reconocer en ello la emergencia de recursos específicos que vuelven a ese dispositivo,

¹Derrida sostendrá en una entrevista que la paradoja de la Literatura como institución consiste en que se trata de una institución que legitima mediante convenciones y reglas, pero a la vez mediante la ficción habilita a un decir sin límites, desplazando las reglas y permitiendo poner en duda las bases mismas que la constituirían como institución. (Cfr. Derek Attridge, *Acts of literature*, Londres, Routledge, 1992).

²Menciono a propósito “valoración”, pues no se trata de una actividad descriptiva, o al menos es una descripción valorativa.

curiosamente, condición para su inteligibilidad, y, finalmente, cómo todo eso surge a su vez en un momento de lectura que disfruta de lo que lingüísticamente allí ocurre.

Reconozco que puede tratarse de asuntos difícilmente conciliables, pues en una inspección rápida bien cabe objetar que trabajar para vencer la dificultad y/o extrañeza no resulta algo placentero de suyo (a menos que se trate de un masoquista declarado). Sin embargo, no estamos sosteniendo la subordinación de una experiencia a la otra, sino, tal vez al contrario, sugerimos que se trata de dos modos de tratar interpretativamente con un texto que habilitan, ambos, cada uno a su modo, pero confluyendo en un mismo resultado, a resolver la lectura bajo la condición de que lo que allí está dispuesto es una configuración literaria.

No es que necesariamente me produzca placer toparme con resistencias, se trata simplemente de que hay algo allí que me produce placer: su musicalidad, su organización transfrástica, su estilo, tal vez; la forma, para sintetizar en una expresión conocida. Y por otra parte, y a la vez, no me sostengo en una lectura literal, porque tengo la sospecha que de ese modo no lograría dar con el sentido, por lo cual tendré que esforzarme para superar la impresión de superficie. Si se me permite la metáfora, es como si viéramos trabajar dos fuerzas contrapuestas: de atracción y de repulsión, y de ambas resulta la configuración como disposición específica del texto.

II

El texto es una unidad de organización completa que trasciende la concatenación de frases, es ese y no cualesquiera; y a la vez es un singular que no puede ser subsumido en una generalidad abstracta. Su configuración literaria responde también a rasgos universalizables: tipologías, cánones, géneros; sin embargo no es reducible a ellos. Por eso merece ser interpretado, es decir, merece ser leído en tanto singularidad a partir de la cual inferimos conjeturalmente su sentido.³

¿Por qué ligo ahora interpretación a un proceso de inferencia conjetural? ¿Y qué relación guarda ello con la lectura? Decíamos antes que ante el texto literario presuponemos sentido, asignándoselo, como modo de vencer su resistencia. Ahora bien, ¿qué se busca en ese acto? ¿Qué puede querer resolverse en ese acto de presuposición que asigna sentido? Veamos algunas posibilidades e intentemos detectar en figuras posibles de lector si acaso se trata de actos interpretativos: a) un caso sería el de aquél que se propone remontar el trabajo de composición buscando las claves ocultas en el texto, sedimentadas en él como dispositivos retóricos o poéticos y disponibles para decodificarlas como estructuras autocontenidas; sin necesidad de remisión a lo otro del texto. b) Otro caso sería el de aquél que pretende conocer al autor mejor de lo que este pudo, proponiendo entonces versiones extra textuales en clave de tal o cual sistema de ideas preestablecido; se trata del modelo que cree hallar algo que está por detrás del texto, en un momento anterior, como si se tratase de un contenido “verdadero” bajo una modalidad desconocida para el propio autor y que incluso lo utiliza a él como vehículo mediador del sentido ya dado y acabado: el autor y su obra como emergente de una voluntad de poder, una conciencia de clase o una pulsión inconsciente; ejerciendo el lector sobre ello la sospecha. c) Habría también una caracterización del lector como aquél que ambiciona capturar, para coincidir con sus destinatarios originarios, el momento inaugural de producción del texto, como si esa filiación histórica le asegurase una formación de sentido más auténtica y plena. También aquí se trata de asegurar el

³ Para un desarrollo de estos rasgos, remito a Gende, 2005, especialmente el capítulo IV: “el texto como obra de la interpretación”.

sentido como aquello predado, pero en este caso por la vía de la remisión al momento socio histórico antes que por el exclusivo anclaje en la biografía del autor como transporte de un sentido ignorado por él. d) Finalmente, abandonadas estas presuposiciones por inconducentes, y ya en una posición explícita que se declara escéptica de poder lidiar con un texto en términos de búsqueda de sentido y, sin embargo, fascinada por las posibilidades que se insinúan en su trato -posibilidades que resultan, no obstante, de un recorrido que sólo se mide con sus perspectivas más personales e incuestionadas- aparece la figura del lector libérrimo que se autosatisface haciendo del texto una fuente inagotable de justificaciones de lo que ya sabía o quería encontrar, de lo que siempre “supo” y no está dispuesto a modificar. Es el lector que se espeja ante el texto, o mejor dicho, que hace del texto un reflejo de él.

A riesgo de simplificar mi exposición sostengo que es posible reunir estas descripciones como modalidades todas de un lector que decodifica, pero no que interpreta. ¿Por qué? porque se presupone una relación con la verdad que de algún modo ya está asegurada y la lectura sólo trabaja en pos de detectarla y asegurarse así el sentido. Sentido, a su vez, que ya está dado: preexiste en una configuración cerrada en su autonomía como forma, si se trata de la primera versión, y que está cerrada en un mundo de la vida fijo y pleno, completo en su verdad, al que remite el texto como su duplicación o reflejo, en las tres siguientes. Con esto la lectura se convierte en una excusa para otra cosa: asegurarse que estamos en la verdad. En la primera el texto como artefacto semiótico auto contenido y en las siguientes como vehículo de un querer decir que se supone pleno y pretérito. El papel del lector aquí se realiza en función de detectar la clave de lectura que lo legitima en su acto, por lo cual el texto es un caso subsumible en el código que lo explica; o bien, en el último caso, prescindiendo ya de ese trabajo, sólo se lee para autoafirmarse en los datos que le provee su propia perspectiva como lector.

En un esquema de oposición muy tradicional, diría que así descriptas las versiones la lectura o bien explica o bien comprende; con otro vocabulario diría que o bien trabaja en pos de una objetividad univocista (en las tres primeras) o bien descansa -nunca mejor dicho- en una subjetividad equivocista (en la última).⁴ Pero, insisto, no interpreta. Y no lo hace porque pendula entre exacerbar la sedimentación a que responde un texto, como lo dado e inalterado pero extrínseco al trabajo del intérprete, o restringirse a la innovación vacía que no se compromete con el asunto del texto.

Es que leer un texto, valga la obviedad, exige entrar en tratos con él y esto supone, como procesos de interacción efectivos, tanto su comprensión como su explicación; pero a los fines de que resulte una nueva figura en el lector, como apropiación.

Veamos con algún detalle estos procesos: comprender un relatoes lanzar conjeturas sobre su inteligibilidad, desplegando con ello la competencia para seguir una historia.⁵ Conjeturas que apuntan, como señala Paul Ricoeur, a “prender-conjuntamente las peripecias, el nudo, el desenlace, de modo que se integren finalidad, causalidad y contingencia en totalidades significativas”; es decir, apuntan a reponer la configuración

⁴ Para una presentación de enormes consecuencias heurísticas de esta puja entre univocistas y equivocistas, y de cómo superarlas, remito a la vasta obra de Mauricio Beuchot: la hermenéutica analógica. Entre otros, cabe revisar su *Tratado de Hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de interpretación*, Itaca, México, 2005.

⁵ “La intelección narrativa es nuestra capacidad aprendida con la cultura de prender-conjuntamente las peripecias, el nudo, el desenlace, de modo que se integren finalidad, causalidad y contingencia en totalidades significativas” (Ricoeur, 1997,99).

del texto como dispositivo organizado en una totalidad singular con recursos muy específicos. Ahora bien, comprender es también disponerse a disfrutarlo, entregarse expectante al placer de las sugerencias de sentido que abren un espacio disruptivo inicial, a partir del cual se realizarán las segundas lecturas, temáticas o críticas.⁶ Por su parte, explicarlo consistirá en responder a la demanda de justificación de esa expectativa en tensión con la otredad del texto, como artefacto semiótico que genera y prescribe sus recorridos posibles. Esa respuesta inicial, y las sucesivas, en una cadena que en principio no se detiene, revelan una tensión entre la persistencia por hacer prevalecer el punto de vista propio y las resistencias que le oponga la otredad del texto. En ese proceso continuo y auto correctivo va emergiendo otro plano de la configuración del texto, pues logra salirse de sí e ingresa al mundo, se realiza el acontecimiento de sentido en algo que le es externo pero a la vez éllo dispone, mejor dicho, lo predispone. Ya no es sólo tratar con la inmanencia de su estructura ni tampoco con la trascendencia, entendida como supuesta anterioridad que le aseguraría su sentido; supuesta porque se trata de una anterioridad inhallable de otro modo que mediante reenvíos de texto a texto, pero sin anclaje en una referencia a la mano.

Ahora bien, si el texto logra salirse de sí y no, insisto, para reenviarse a un mundo pretérito, lo es a instancias del acto del lector; lector que, como intérprete, realiza en sí mismo pero ante el texto la síntesis provisoria y sujeta a cambios de comprensión y explicación, obteniendo como resultado la apropiación transformadora de sí. Dicho de otro modo, el lector interpreta un texto en tanto y en cuanto se descubre transformado respecto a sus presuposiciones iniciales, en relación con lo que el texto dice y en relación con sus perspectivas. En ese sentido, las versiones de lector que describimos antes son todos momentos posibles y en ocasiones necesarios para la apropiación, pues muestran, como señalamos, la preponderancia o bien de la sedimentación, que vuelve previsible el sentido presunto, según la clave tal o cual que el lector logra decodificar, o bien de la innovación, como acto que se pretende por fuera de todo esquema de reglas y normas. Sin embargo, la interpretación, como creatividad regulada, trabaja a partir de la tensión de esas dos modalidades y estabiliza transitoriamente un resultado.

III

A los fines de aproximarnos a una noción de transformación como resultado del acto interpretativo del lector, propongo para finalizar mi exposición tomar como caso de aplicación la respuesta que da el poeta chileno Gonzalo Rojas ante la pregunta sobre su identidad, en una entrevista que le realizó Andrés Hax para la revista Ñ: “¿si lee su primer libro *La miseria del hombre* ve al mismo poeta que es hoy?”, pregunta Hax. El escritor contesta:

Sin jugar con ningún vocablo, ni palabras, ni nada de eso. Soy el mismo. Y en mí se ha operado algo así como la metamorfosis de lo mismo. Lo que te quiero decir es que soy el mismo. Creo ser. Es tan difícil decir *soy*. Siempre será difícil decir *soy*. Pero creo ser el mismo lector, intra-lector de siempre desde niño. Y el mismo que está apostando a decir mundo, nada más. (Rojas, 2006, 6)

⁶ Al respecto, Ricoeur abreva en la “Estética de la recepción” de Jauss, quien rehabilita el papel que cumple el goce y su relación primitiva con el conocimiento (cfr. Ricoeur, P. 1985, 320).

“Y nada menos”, completaríamos. La pregunta gira en torno a la capacidad de reconocerse como el mismo, suponiendo la diferencia entre la obra temprana, de la que debería hacerse cargo el autor, y su producción reciente. Diferencia, en principio, sólo afectada por el tiempo, por el transcurrir del tiempo que todo lo modifica; no sólo el tipo de producción intelectual sino la auto aprehensión, la auto evaluación que puede hacerse sobre ella, hasta un punto tal que podría haber ocurrido que la respuesta fuese negativa: “no, ya no me reconozco en aquella obra, soy otro, he cambiado; no soy el mismo....y valga como prueba esa, mi obra temprana”. O, en sentido opuesto: “sí, soy el mismo aún en las diferencias apreciables por el contenido, el estilo, la ambición ahora atenuada”.

Gonzalo Rojas no adopta ninguna de estas respuestas y descarta la certeza imposible de ambas al contestar: “soy el mismo, creo ser”. Cabe atender al matiz del “creo”, que transmuta certeza en testimonio. Pero cabe también atender al reconocimiento de la dificultad que orienta la auto descripción: “soy”, en tanto me reconozco *intra* lector y decidor de mundo.

¿Por qué la pregunta al poeta sobre su mismidad? He ahí la obra, la exteriorización de su subjetividad que da cuenta con el designador rígido de su nombre de la autoría sostenida en el tiempo. Seguramente porque las diferencias son notables; así como él ha cambiado también su obra. Se espera entonces una autoevaluación que pueda superarlas subsumiéndolas en algún principio ordenador de su cronología, que le dé sentido al cambio según un modo de permanencia que no se sostiene en la mismidad de lo inalterable, de lo idéntico, sino, por el contrario, que como *ipseidad* se sostenga en el cambio, no a pesar del cambio.

Soy el mismo, dice el poeta: ¿el que no cambia? no, soy la metamorfosis de lo mismo; es decir, soy el mismo en tanto cambio, porque cambio y me reconozco en él. Entonces, ser uno mismo es ser el que cambia, ¿acaso es esta la respuesta? Si así fuera, optaríamos por la banalidad de una aserción insuficiente, una que no da cuenta del asunto, como tampoco lo haría una opción por la permanencia. “Creo ser”, sostenemos, es como transición en la frase algo distinto que un debilitamiento de la certeza; más bien orienta la respuesta hacia la necesidad del testimonio que se apoya en la propia experiencia, en lo que de ella resulta. Su experiencia, la de este poeta en particular, es la de decidor de mundo e intralector de sí; de allí que pueda ser privilegiado su testimonio para reconocer lo difícil que es decir “soy el mismo”. Paul Ricoeur podría comentar al respecto: “decir sí no es decir yo. El yo se pone, o es depuesto. El sí está implicado de modo reflexivo en operaciones cuyo análisis precede al retorno a sí mismo” (Ricoeur, 1996, XXXI). En este caso, nos interesa advertir que las operaciones reconocidas son las de lector-intra-lector- y decidor de mundo.

No obstante, el tipo de cambio descrito por Gonzalo Rojas es vivido por él como metamorfosis, no como simple transcurrir.

La metamorfosis es mutua: se realiza la inteligibilidad de la semiosis, por ejemplo de un texto, como proceso de transformación de unos signos en otros mediante interpretaciones sucesivas que hace un lector y cuyo resultado es siempre provisional; a la vez que se realiza la inteligibilidad de sí mediante la apropiación de esos resultados como auto transformación.

IV

Con el postulado de esta doble transformación interpretativa, que se realiza en continuos reenvíos de una en otra, del lector al texto, del texto al lector y así sucesivamente, estamos sugiriendo hacia el final de nuestra exposición un posible punto de encuentro entre dos enfoques que suelen proponerse como excluyentes para la teoría literaria: poética y hermenéutica; pues pareciera que o bien se teoriza sobre los mecanismos y procesos que explican el diseño de un texto y de cuya posesión depende la competencia para ser un buen lector, o bien se teoriza sobre las condiciones que habilitan a que el significado de un texto dé cuenta del mundo extralingüístico.⁷

Si volvemos a la tensión entre resistencia por opacidad y atracción por placer, según comentamos antes, bien podemos advertir que la experiencia literaria es privilegiada para disponernos a un modo de lectura que asuma el desafío de la doble transformación aludida y, por ende, que muestre el resultado efectivo de la lectura como despliegue de las nuevas posibilidades que se abren ante el intérprete como horizonte de mundo.

El texto literario predispone en su propia configuración a hacernos cargo de la resistencia que nos ofrece en tanto lectores que deseáramos hacer prevalecer nuestras ilusiones como presuntos portadores de sentido. Pero resistencia ahora que ya no es sólo entendida como la de un modo de expresar, sino también la del contenido, que se exhibe en principio como algo terminado. En definitiva, lo que se nos resiste es el mundo; mejor dicho, un modo encorsetado de ver y experimentar el mundo como lo dado. Frente a eso, la lectura exige la remoción de los presupuestos de esa visión de mundo como condición para un interpretar genuino, pero con ello, claro, la lectura exige también la remoción de los nuestros.

En definitiva, como sugiere Wolfgang Iser, “la interpretación indica lo que tal vez signifique llevar una vida consciente impregnada de la conciencia de la incomprendibilidad de donde surge” (Iser, 2005, 307).

Referencias

- Culler, J. (2004) *Breve introducción a la teoría literaria*, Barcelona: Crítica
- Eco, U. (1993) *Lector in fabula*, Barcelona: Lumen.
- Gende, C. (2005) *Lenguaje e interpretación en Paul Ricoeur*, Buenos Aires: Prometeo.
- Iser, W. (2005) *Rutas de la interpretación*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (1985) *Temps et Récit III. Le tempsraconté*, París: Seuil, col. Essaispoints.
- (1997) “Hermenéutica y Semiótica”, en Aranzueque (ed.), *Horizontes del relato*, Madrid: Cuaderno Gris.
- (1996) *Sí mismo como otro*, Siglo XXI, México D.F., 1996
- Rojas, G. (2006) en “Una clase de poesía al estilo Rojas”, entrevista de Andrés Hax en *Ñ, revista de cultura*, n°156, Buenos Aires: Clarín.

⁷ “La poética parte de efectos o significados comprobados y pregunta cómo se logran [...] La hermenéutica, por su lado, parte de los textos y se pregunta qué significan, procurando descubrir interpretaciones nuevas y mejores” (Culler, 2004, 78).

Polifonías filosóficas. Sobre la polifonía en el trabajo filosófico⁸

Pedro Karczmarczyk (UNLP-IdIHCS-CONICET)

Querría comenzar reparando en un hecho colocado en los márgenes de esta presentación, confiando en que ello nos conducirá, a poco andar, al meollo mismo del tema de la mesa. Este modo de proceder es de algún modo forzoso con la polifonía, donde la voz de la enunciación, siendo la mía, necesariamente, y estando acá y ahora, también forzosamente, parece recubrirlo todo con su sonoridad, con su presencia. Tanto llena el espacio mi voz, tanto ocupa *este* lugar, que, otra voz, entonces, está en otra parte, en el lugar de áquel o aquella/os a quienes interpelo, a quienes dirijo mi palabra, o en aquellas voces que, sin ser llamadas, irrumpen, interrumpen la presencia plena de la palabra que ahora enuncio. Sin embargo, la presencia plena de la palabra propia, reducida a sí misma cae en una angustiante vaciedad: el dicho “yo soy así de alto”, acompañado del gesto de colocar la mano sobre la propia cabeza, era evocado por Wittgenstein para mostrar los atolladeros en los que desemboca el predicamento egocéntrico; “soy yo” como respuesta a un tiempo evidente y vacía a la voz que del otro lado de la puerta inquiriere “¿quién es?” era recogido por Althusser para poner de manifiesto la circularidad de la interpelación ideológica, y “soy el único que puede decir ‘yo’ para referirse a mí” era evocado por Pêcheux para exhibir la trampa que tiende el carácter retroactivo de la interpelación ideológica, el “efecto Munchhausen” que la teoría debía evitar para poder constituirse como tal. El hecho es que “aquí” es simultáneamente “allí” y que “yo” es a un tiempo “tú” y “él”. Este hecho deja marcas profundas en el propio discurso, es decir, la presencia plena del mi discurso, de mi propia voz, está atravesada por otras voces, como los movimientos de un boxeador están atravesados por los de su contrincante, o los de una bailarina por los de su acompañante. Dicho de otro modo, la palabra propia, ya como palabra dada, sonora, o como verbo interior, que parece ser el mejor modelo de la presencia plena (yo/aquí/ahora es cierto toda vez que lo enuncio) mantiene una relación constitutiva con otras voces, con las que la misma, lo quiera o no, dialoga, las voces de los estilos oratorios, del género (panel), de la objeción adivinada, temida o deseada, del auditorio anticipado certera o fallidamente, de la oportunidad del enunciado. Destellos del allá resuenan en el aquí, ecos de otras voces se dejan escuchar en la mía propia, de una manera tan íntima que, si yo aquí y ahora tratara de negarlo, no haría más que confirmarlo, ya que la negación no es otra cosa que indicar que cierto punto de vista no está justificado, que el punto de vista negado, por injustificado e incluso disparatado, debería encarnarse otra voz que no sea la mía propia.

Comencemos pues reparando que la polifonía a la que se alude en esta mesa está también en el tema de esta edición de las jornadas, aquella consigna bajo la cual se inscribe no sólo la mesa que ahora nos convoca, sino la totalidad de los trabajos remitidos. Aunque el concepto mismo no estará presente en todos y cada una de las ponencias, como la preocupación que las “trabaja”, las distintas reflexiones se realizarán bajo el auspicio de esta consigna: “La hermenéutica en el cruce de las culturas: polifonías y reescrituras”, consigna que podrá recogerse siempre como una clave de lectura. Pero, ¿qué es lo que ello implica, de manera general? Creo no equivocarme si afirmo que esta consigna no implicó la decisión de los organizadores de hacer un congreso sobre una región particular de la disciplina conocida como hermenéutica, como si se hiciera referencia hermenéutica regional concernida por el cruce de las

⁸ Trabajo presentado en el panel “Polifonías en psicología, literatura y filosofía”.

culturas. Creo no equivocarme incluso (aunque en este caso vacilo un poco más) si descarto también que la consigna remita a la particular situación del capitalismo globalizado que llega a todas las culturas, de manera que toda cultura deba pensarse como híbrida. En tal caso uno podría esperar un énfasis mayor en la consigna, tal vez se hablaría de algo así como el “choque” de las culturas. Aunque, de aquí mi vacilación, en “cruce” resuena también la posible colisión, la disputa, el daño resultante. Es decir, en el cruce resuena la idea de dos direcciones, dotadas de cierto impulso, que al encontrarse una con otra se ven alteradas, desviadas de un cauce previo que, con razón o sin ella, podría considerarse “natural”. En cualquier caso, “cruce” contrasta con aquel “convergencias” del lema que auspiciaba las segundas jornadas (“La hermenéutica en diálogo con las ciencias humanas y sociales: convergencias, contraposiciones y tensiones”), donde convergencias hacía juego con el diálogo de esta disciplina con las ciencias humanas, siendo la convergencia un resultado posible y esperable, bien que matizado por “contraposiciones” y “tensiones”, como si sobre el vínculo entre el “diálogo” y la “convergencia” se deslizara la sospecha sobre lo que puede haber en el mismo de forzado, de falso reconocimiento instalado justamente en la región, mayor o menor, que el reconocimiento parece transparentar con su luz. Pero con la suspicacia así deslizada estaríamos todavía dentro de la hermenéutica, en aquella modalidad frecuente en las ciencias humanas, la de la sospecha, si en estas deben inscribirse los nombres de Marx, Nietzsche y Freud. Cabría registrar aquí una vocación inclusiva de la hermenéutica, recogida como el rasgo que la caracteriza. Juguemos, por un momento, con dicho título, para obtener algunas de sus variantes: “La hermenéutica en tensión con las ciencias humanas y sociales: convergencias, contraposiciones y diálogos”, donde el plural particularizaría al diálogo, convirtiéndolo de continente en contenido. ¿Serían esas todavía unas jornadas de hermenéutica? La posibilidad misma de la hermenéutica, de su pretensión de universalidad, por consiguiente, está instalada como problema en las permutaciones que resuenan en la convocatoria aludida. Ello se refuerza teniendo en cuenta la consigna de las primeras jornadas (“La hermenéutica, ¿un paradigma agotado? Texto, lenguaje, mundo”) donde, a través de una pregunta retórica, las “Jornadas internacionales de hermenéutica” venían a instalarse en nuestro escenario intelectual a través de un gesto que adivino doble: recoger una convicción que, como en sordina, funcionaría como adversario de dicha pregunta, en la medida en que sea una pregunta retórica, para responder a la misma con el encadenamiento de tres significantes unidos por el hilo invisible, aunque audible, de una reflexión. El encadenamiento nos lleva desde “texto”, objeto indisputable de la hermenéutica, sin que importe el lugar que ocupe en las ciencias humanas y la cultura en general, al lenguaje (¿modelado de acuerdo al trabajo con aquel objeto indisputable?), para acabar con el mundo, con el cual todos y cada uno tenemos algo que ver, algo que oír, algo que hacer. Recorriendo la serie en sentido inverso, nuestro tener que ver con el mundo sería testimonio de nuestro tener que ver con la hermenéutica.

Los márgenes no son, a esta altura, aquello que se coloca más allá de nuestro tema, sino lo que delimita el espacio propio en el que el mismo se desenvuelve. Por lo demás, hemos dejado fuera la conjunción y el contraste entre “polifonías y reescrituras”, unión, oposición, dependencia, lucha, etc., entre la voz y el trazo, entre las voces y los trazos, nociones que, por un lado llevarían a releer (es decir, reescribir) las reflexiones previas, al mismo tiempo que enmarcan una de las grandes batallas de la hermenéutica, cuyo comentario tendremos que eludir, si es que vamos a decir algo sobre la manera en que repercuten en nuestro propio trabajo estas cuestiones.

La pregunta que se nos planteó fue: ¿Cómo se interpreta la polifonía desde su respectiva área temática o de investigación? El primer eco de esta cuestión (pero ¿cómo podría haber un eco primero u original?) nos lleva a la experiencia de trabajo sobre Wittgenstein, a cierta dificultad que se nos presentaba, inmersos en la investigación doctoral hace algunos años, para colocar sobre un mismo plano, sobre un espacio común, las distintas interpretaciones de Wittgenstein, como si cada interpretación proyectara su propio espacio, sus propias coordenadas. El resultado era que cada interpretación-coordenada hiciera imposible tener una visión alternativa de algo situado en las mismas. Pienso ahora que esta dificultad es la que proyectan ciertos textos para reconocer a la polifonía como una condición constitutiva del sentido. Será tal vez debido a que de esta situación pudimos salir por medio de una apelación a la polifonía, no a una noción técnica, erudita,⁹ sino a una intuitiva y corriente, pero que en cualquier caso logró resolver un problema. En efecto, la polifonía venía a significar entonces “conjunto de voces”, entendidas como opiniones, visiones, cuya dificultad inicial estaba en hacerse visiones de un objeto común. Ahora bien, al tratarlas como voces, como visiones, al ocuparnos de lo que cada una creía ver y descubrir, pudimos realizar un avance mayor que al considerar cada visión directamente como una cualidad del objeto. La polifonía venía a significar no tanto la convergencia de las visiones, por tanto, sino el terreno de la tensión y el combate. Estas voces se revelaban, así, como puntos de vista cuyas coordenadas era dable explicitar, con estrategias, alcances y límites que les son propios. En el fragor de este trabajo las distintas perspectivas comenzaban lentamente a ordenarse, enlazarse unas con otras, constituir una serie, con sus alcances y sus límites. La serie y sus limitaciones, revela, creo, el proceso de elaboración de la pregunta, la reconstrucción de la problemática dentro de la que las mismas tienen sentido, y el límite franqueado el cual algunas preocupaciones dejan de tenerlo, por tratarse del territorio de otras preguntas. Me pregunto entonces si el hallazgo de una voz propia no posee una relación de íntima solidaridad con el trabajo sobre la polifonía, sobre los múltiples ecos, reflejos, o efectos, de un texto aparece que aparecen como una condición para la lectura del mismo. Estoy confundido aquí acerca de si debo decir que el trabajo constituye, como quería Gadamer, la reconstrucción de la pregunta de acuerdo a la eliminación del prejuicio obstaculizante, ateniéndose a los efectos de sentido que los textos despliegan gracias a, y no a pesar de, la distancia temporal y la diferencia que esta implica, como lo quería Gadamer, o del análisis del cambio de la problemática asociada a una ruptura, como lo querría Althusser, ya que lo he pensado de un modo u otro sin llegar a resolverlo aún, o bien de los tanteos de la mosca en la botella que le permiten finalmente encontrar la salida de un encierro que no tenía más consistencia, ni menos por suésto, que nuestra propia insistencia en plantear cierta clase de interrogantes y esperar cierta clase de respuestas, de modo que el avance en filosofía no está en la respuesta a los interrogantes, no sólo ahí cuando menos, sino en la disolución de estos y en la elaboración de otros. Me siento confuso, decía, ya que lo he pensado, y aún lo pienso, alternativamente, de de estos diferentes modos, bajo estas distintas voces, tan lejanas y tan próximas a la vez. (véase Karczmarczyk 2011)

⁹ Pueden consultarse las entradas “Polifonía” en Charaudeau y Maingueneau 2005, “Polyphonie” en Neveu 2011.

Hay un segundo lugar en el que la polifonía ingresa en mi trabajo sobre Wittgenstein, esta vez a través de una característica de su trabajo completamente aparente en su obra, inscrita en la propia superficie textual, por decirlo de algún modo. Me refiero a algo que, ya desde el “Prólogo” domina la exposición de las *Investigaciones filosóficas*. En efecto, ya en los preliminares del libro, Wittgenstein se interroga acerca del significado de su fracaso para construir la obra bajo una visión sistemática, bajo la forma de un tratado (“...me parecía esencial que en él los pensamientos debieran progresar de un tema a otro en una secuencia natural y sin fisuras” 1999: p. 11), para luego reconocer que esa dificultad se conecta con la naturaleza de la propia investigación, debido al entrelazamiento de las distintas cuestiones abordadas. Lo que hace imposible una exposición sistemática de las distintas cuestiones abordadas, se refleja en la construcción retórica de las *Investigaciones*. En efecto, como ha sido señalado, este complejo libro está construido de acuerdo a ciertas reglas del género de las “confesiones”, en particular una dialéctica entre el registro de los excesos y las llamadas al orden. Aparecen entonces en la obra diferentes voces, de las cuales al menos dos voces diferenciadas son de crucial importancia. La “voz de la corrección”, aquella que voz que cabe fácilmente identificar con el propio Wittgenstein, por una parte. Se trata del punto de vista que expresa una mirada crítica frente a las diferentes pretensiones de que existe un fundamento para nuestras prácticas lingüísticas, pretensiones que son esgrimidas, básicamente, por la “voz de la tentación”. Sin embargo, esta distinción entre santos y pecadores corre el riesgo de pasar por alto lo esencial: el hecho de que el intercambio mismo, la lucha y la tensión entre estas voces posee un carácter revelador. Sin mencionar que la voz de la tentación se expresa característicamente en primera persona. El intercambio no logra ser llevado a término, la voz de la tentación revela poseer una tenacidad sorprendente, está siempre en condiciones de regenerarse y es su propia regeneración lo que parece conducir el entrecruzamiento de las cuestiones abordadas y el movimiento en *zig zag* que la obra revela. Lo que la “voz de la tentación” exhibe es que la misma, bien que equivocada desde un punto de vista teórico, es necesaria desde un punto de vista práctico. O dicho de una manera brutal: que el error que la misma exhibe es la satisfacción positiva de un requisito que los juegos de lenguaje imponen a los individuos para constituirlos como hablantes. Así Wittgenstein, a través de la mencionada dialéctica entre la tentación y la corrección, parece estar diciendo no sólo que “Usar una palabra sin justificación no quiere decir usarla injustamente” (1999: # 289), sino también que la unidad y necesidad en el seguimiento de una regla por ejemplo, que él mismo se empeña en demostrar que carece de sustento, es requerida a los hablantes, de manera tal que sólo aquellos que la encuentran son calificados como participantes de los distintos juegos de lenguaje.¹⁰

Una lectura de esta clase, que implica que la dimensión de desconocimiento es constitutiva de la práctica del juego de lenguaje, es decir, que junto al “reconocimiento” de los requisitos impuestos en los juegos de lenguaje a los hablantes para constituirse como tales, corre de manera simultánea un desconocimiento, cuyo carácter no es contingente en relación a la condición de hablante, es un punto cuya potencialidad no he

10 No podemos extendernos aquí sobre el problemático y crucial asunto de la percepción del significado, temprana y certeramente señalado por Rush Rhees en el prefacio a Wittgenstein 1994.

podido apreciar más que vinculándolo con otras voces, en particular con la reconceptualización de la ideología por Louis Althusser y por la reflexión sobre la intervención del discurso en la interpelación ideológica llevada adelante por Michel Pêcheux. En este cruce de voces se ha ido configurando un núcleo de preguntas e interrogantes en torno a los cuales organizo mi propio trabajo: la existencia de una relación imaginaria de los hablantes con sus condiciones de existencia (la práctica del juego de lenguaje) me parece poseer una potencialidad política muy intensa, forzándonos a repensar una buena cantidad de cuestiones, en particular en relación a las implicaciones de Wittgenstein en este terreno, como así también en general sobre el significado y las condiciones de la reflexión filosófica.

Referencias

Charaudeau P. y Maingueneau, D. (2005) *Diccionario de análisis del discurso*, Buenos Aires, Amorrortu.

Karczmarczyk, P. (2011) *El argumento del lenguaje privado a contrapelo*, La Plata, Edulp, 2011, 371 pp. También disponible en línea en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/26981>

_____ (2012) “Materialismo, ideología y juegos de lenguaje” en *Ideas y valores. Revista de filosofía*, Univ. Nac. de Colombia, Vol 51, n° 150, dic. de 2012, pp. 127-143. En _____ línea _____ en: <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/idval/article/viewFile/22927/39731>.

Neveu, Franck (2011) *Dictionnaire du Sciences du langage*, Paris, Colin.

Wittgenstein, L. (1994) *Los cuadernos azul y marrón*, Barcelona: Planeta-Agostini.

_____ (1999) *Investigaciones filosóficas*, Barcelona: Altaya.